

Prólogo

Es otoño y, sin embargo, parece más bien verano. El sol resplandece y calienta, el cielo es de un azul translúcido perfecto. Chorlitejos grandes y charranes pequeños retozan en la arena y las abejas buscan néctar en el brezo bermejo, pues las heladas aún están por venir y los rayos siguen siendo cálidos sobre sus cuerpos. Las liebres buscan refugio en la hierba alta, y las mariposas, que con este tiempo inusual para la estación han eclosionado, revolotean alrededor del tojo en busca de alimento. Sólo las sombras son ahora más prolongadas y las noches caen más temprano, húmedas y frías y oscuras.

Subo al acantilado y contemplo el océano hasta los confines de la tierra, donde el agua se funde con el cielo y un velo misterioso de neblina azul envuelve la eternidad. La brisa tiene la suavidad de un susurro y hay algo intemporal en su modo de soplar, como si fuera el mismísimo aliento de Dios llamándome a su seno. Puedo ver a izquierda y derecha la extensa costa de Connemara; las playas desiertas, los prados de suave terciopelo con ovejas pastando, las rocas escarpadas donde la tierra se precipita al mar. Miro al frente hacia Carnbrey Island, el pequeño montículo de tierra y roca que se encuentra a unos ochocientos metros de distancia, como un antiguo barco pirata abandonado. El viejo faro está carbonizado por el incendio que lo destruyó, dejando un triste armazón blanco donde antaño se erguía imponente y fuerte, guiando a los marineros de vuelta a tierra sanos y salvos. En estos días sólo las gaviotas se aventuran a ir allí para picotear los restos de desafortunados cangrejos y quisquillas atrapados en pozas, y para posarse en el frágil esqueleto de madera quemada que cruje y gime siniestramente con el viento. A mí me resulta romántico en su desolación y me quedo paralizada, recordando con nostalgia la primera vez que fui remando hasta allí para explorar

a poco de casarnos. Estaba en ruinas ya entonces, pero mi esperanza era que el faro poseyera una calidez sorprendente, como una casita de muñecas infantil que sigue resonando con las carcajadas de sus juegos mucho después de que los niños hayan recogido y se hayan marchado. Fui presa de la fantasía, me quedé embelesada mientras el viento se levantaba a mi alrededor y el mar se encrespaba y se enfurecía. Cuando los cielos se oscurecieron y decidí volver remando a la orilla, descubrí que estaba perdida como un marinero náufrago. Pero los marineros náufragos no tienen maridos heroicos que los rescaten en flamantes motoras, como tenía yo. Recuerdo el rostro furioso de Conor y el miedo en sus ojos. Aún siento el escalofrío de emoción que me produjo su inquietud, incluso ahora. «Te dije que no vinieras nunca hasta aquí sola remando», masculló, pero su voz hizo un quiebro que me llegó al alma. Presioné los labios contra los suyos y sentí el dulce sabor de su amor. El faro jamás perdió su encanto y, para mi desgracia, nunca perdí la fascinación por ese lugar solitario y romántico. Encajaba con mi personalidad solitaria y romántica.

Ahora me atrae a través de las olas con una luz que sólo yo puedo ver y hasta me parece distinguir la silueta de una niña de blanco, corriendo por la hierba con los brazos extendidos; aunque siempre he tenido una imaginación desahogada. Podría tratarse simplemente de una enorme gaviota, abatiéndose sobre una presa.

Me giro de súbito, al oír a la gente que ahora está llegando a la ermita de piedra gris que hay a mis espaldas. Está a un corto paseo colina arriba desde el aparcamiento y observo con curiosidad el cortejo fúnebre enlutado, subiendo por el camino cual solemne fila de pollas de agua. Nuestra casa está ubicada fuera del pueblo de Ballymaldoon, que cuenta con una iglesia mucho más grande. Pero esta pequeña ermita, erosionada por el clima, rodeada de viejas lápidas y envuelta en mito que siempre me ha fascinado, tiene algo especial. Dice la leyenda que en el siglo XIV un joven marinero la mandó construir para su difunta esposa, con el fin de que pudiera velar por él cuando se hiciera a la mar, pero los elementos han erosionado todas las lápidas, así que es imposible leer lo que en su día se grabó en ellas. Me gusta pensar que la lápida del final, la más cercana al mar, es la

que contiene los restos de la mujer del marinero. Ya sé que ella no está ahí dentro ni lo ha estado nunca: únicamente sus huesos, desechados junto con la ropa que ya no necesitaba. Pero es una historia conmovedora y a menudo me he preguntado qué fue del desconsolado marinero. La querría muchísimo para construir una iglesia entera en su memoria. ¿Me construirá Conor una iglesia?

La ermita se llena de gente, pero no me acerco. Veo a mi madre, enjuta y cansada como una gallina negra esquelética, bajo un ancho sombrero negro adornado con plumas de avestruz —demasiado ostentoso para este discreto funeral, pero ella siempre ha procurado parecer más distinguida de lo que es—, y a mi padre caminando a su lado, alto y circunspecto con el traje negro de rigor. Tiene sesenta y cinco años nada más, pero los remordimientos le han dejado el pelo blanco y le han encorvado ligeramente, haciendo que parezca mayor. Han venido de Galway. La última vez que hicieron este viaje fue el año en que Conor y yo nos casamos, pero en aquella ocasión estaban encantados de librarse de mí. Ninguna de mis seis hermanas ha venido. Pero no me sorprende: siempre fui la oveja negra y ahora es demasiado tarde para enmendarlo.

Mis padres desaparecen en el interior de la ermita para ocupar sus sitios entre la feligresía local y me pregunto si les abochornan las muestras de amor de la gente: porque aquí me quieren. Incluso el único hombre que yo había dado por hecho que no asistiría está discretamente sentado en su banco, ocultando su secreto tras una máscara de piedra. Me acerco, tímidamente. La música me atrae hasta la misma puerta como si tuviese brazos que se alargan y me abrazan. Es una antigua balada irlandesa que conozco bien, puesto que es la favorita de Conor: «Cuando los ojos irlandeses sonríen». Y sonrío con tristeza al recordar esos viajes en helicóptero de Dublín a Connemara cuando la cantábamos todos juntos en voz muy alta por encima del estruendo de los rotores, nuestros dos hijos pequeños con sus grandes auriculares en la cabeza, intentando cantar, pero sin lograr pronunciar las palabras.

Justo entonces, mientras busco refugio en el pasado, la figura alta y greñuda de mi marido subiendo por el sendero me devuelve brus-

camente al presente. Finbar, de tres años, e Ida, de cinco, le agarran con fuerza las manos, sus piecitos dando algún que otro tropiezo, porque les cuesta caminar al ritmo de sus grandes zancadas. Los ojos oscuros de Conor están clavados en la ermita, su alargado y bello rostro, contraído en una mueca como si ya estuviera defendiéndose de las acusaciones que mascullan disimuladamente contra él en los bancos. Los niños parecen desconcertados. No entienden. ¿Cómo van a entenderlo?

Entonces Finbar ve una gaviota de lomo negro que está un poco más adelante y de repente le suelta la mano a su padre para perseguirla. El pequeño agita los brazos y grita para ahuyentarla, pero el ave se limita a brincar como si tal cosa por la hierba, procurando mantenerse a una distancia prudencial. Ida le dice algo a su padre, pero Conor no la escucha. Se limita a mantener la mirada fija en la ermita de enfrente. Por un momento creo que me ve. Me está mirando directamente a mí. El corazón me da un vuelco. Quiero correr hacia él con cada fibra de mi ser. Quiero que me envuelva en un abrazo como hacía siempre. Ansío su roce como la vida ansía el amor. Pero no se inmuta y vuelvo a esconderme entre las sombras. Él no ve más que ladrillos y piedra y su propia desolación.

El deseo de estrechar a mis hijos contra mi pecho me precipita al infierno y entonces entiendo qué es el infierno. No es una tierra de fuego y tortura en el centro del planeta, sino una tierra de fuego y tortura en el centro de la propia alma. Mi anhelo es persistente e insostenible. No puedo besar sus tiernas frentes ni rozarles la piel con los labios y susurrarles mi amor al oído. Estoy convencida de que sus corazoncitos se alegrarían de saber que estoy cerca. Sin embargo, no puedo. Estoy aquí encerrada y tan sólo puedo observar con impotencia mientras pasan por mi lado y entran en la ermita, seguidos del féretro y sus seis serios portadores. El féretro, que entre sus paredes de roble esconde la mayor de las mentiras.

Sigo en el exterior un rato más. Los cantos resuenan dentro de la ermita. La brisa trae el aroma de los lirios. Oigo la voz estridente de la excéntrica madre de Conor, Daphne, que canta más alto que todos los demás, pero no experimento una sensación burlona y divertida

como normalmente: sólo una furia creciente que me hierve en el bajo vientre, porque es ella la que está allí para consolar y recomponer el corazón roto de su hijo, no yo. Pienso en Finbar e Ida y el féretro que descansa frente a ellos, y me pregunto qué sienten al enfrentarse con la muerte por primera vez en sus cortas vidas.

Debo encontrar la manera de explicárselo. Tiene que haber *algo* que pueda hacer para contarles la verdad.

Hago acopio de coraje cual guerrero pertrechándose de armas. Jamás imaginé que esto sería tan duro. Pensé que, a estas alturas, todo sería mucho más fácil. Pero yo me lo he buscado, de modo que soportaré el dolor con valentía; después de todo, es decisión mía estar aquí.

Pero ahora estoy asustada. Entro sigilosamente en la ermita. Han parado de cantar. El padre Michael sube al púlpito y habla en un tono lastimero, y creo que está verdaderamente triste y no sólo fingiendo. Los feligreses atienden con los cinco sentidos. Me distraen momentáneamente los enormes arreglos de lirios de tallo largo a cada lado del altar, como hermosas trompetas blancas que alzan sus silenciosos labios hacia el cielo. Vibran con una energía superior que me atrae hacia ellos y tengo que emplear toda mi voluntad para resistir su atracción. Soy como una voluta de humo atraída por una ventana abierta. Me centro en mi objetivo y camino sigilosamente sobre el suelo de piedra hacia el féretro. Está bañado por un haz de luz que se filtra por las ventanas polvorientas, como los focos de un escenario. Nunca he sido la actriz famosa que en su día ansiaba ser. Pero mi momento de gloria ha llegado al fin. Todas las miradas están puestas en mí. Estoy donde he anhelado estar toda mi vida. Debería deleitarme con su devoción, pero no siento más que frustración y desesperación; y remordimientos, la verdad: siento unos remordimientos terribles. Porque es demasiado tarde.

Me giro de cara a los fieles y me pongo a chillar con todas mis fuerzas. Mi voz reverbera en toda la ermita, rebotando en las antiguas paredes y el techo, pero sólo los pájaros de fuera oyen mi grito y salen volando despavoridos. Los ojos de Conor no se mueven del féretro, la cara contraída de dolor. Finbar e Ida están sentados entre

su padre y la madre de Conor, inmóviles como figuras de cera, y yo me vuelvo hacia el féretro en cuyo interior yace mi muerte. Mi muerte, ya me entiendes, pero no mi vida; ya que yo soy mi vida y soy eterna.

Y, sin embargo, nadie sabe la verdad: que estoy frente a ellos como una actriz que ha saludado por última vez al público y ha bajado del escenario. El cliché se cumple. Mi disfraz y mi máscara descansan en ese féretro, que han confundido conmigo, y mi marido e hijos me lloran como si me hubiese ido. ¿Cómo se les ocurre pensar que he podido abandonarlos? No los abandonaría jamás, ni por todas las riquezas del cielo. Mi amor me retiene aquí, porque es más fuerte que la más fuerte de las cadenas, y ahora comprendo que el amor lo es todo. Es lo que somos, sólo que no lo sabemos.

Me acerco a mis hijos y alargo la mano, pero estoy hecha de una vibración más sutil, como la luz, y no notan nada, ni siquiera el calor de mi amor. Presiono la cara contra las suyas, pero ni siquiera perciben que estoy cerca, puesto que no tengo aliento con el que rozar su piel. Únicamente notan su pérdida, y yo no puedo consolarlos ni enjugarles las lágrimas. En cuanto a *mis* lágrimas, las derramo para mis adentros, pues soy un espíritu, un fantasma, un espectro o como me quieras llamar; no tengo cuerpo físico, luego sufro el dolor en el alma. Me desplazo furibunda por la iglesia, esperando alguna reacción. Me muevo veloz como un perro colérico, pero soy como un susurro y nadie me oye aullar, salvo los pájaros.

Lo más raro de morir es que no es nada raro. Estaba viva y al cabo de un momento estaba fuera del cuerpo. Me pareció lo más natural del mundo estar fuera de mí misma, como si lo hubiera hecho ya cientos de veces, pero se me hubiera olvidado. Lo que sí me sorprendió es que sucediera tan pronto, cuando aún me quedaba tanto por hacer. No me dolió ni me dio miedo. En cualquier caso, no en ese momento. El dolor todavía estaba por venir. Lo que dicen de la luz y los seres queridos que bajan para acompañarte es cierto. Lo que no te cuentan es que puedes elegir; y yo elegí quedarme.

El padre Michael se aclara la garganta y se seca las lágrimas de los ojos llorosos ante los serios rostros de su feligresía.

—Ahora Caitlin está con Dios y en paz —afirma, y yo no acierto a arrancarle la Biblia de la mano y tirarla al suelo—. Deja marido, Conor, y dos hijos pequeños, Finbar e Ida, a los que amaba con un corazón grande y generoso. —Mira directamente a mis hijos ahora y habla con gran autoridad—: Aunque ella se haya ido con Jesús, les ha dejado un pedazo de sí misma: el amor que llevarán en sus corazones a lo largo de toda su vida. —Pero yo soy más que eso, quiero gritar. No soy un recuerdo; soy más real que tú. Mi amor es más fuerte que nunca y es cuanto he dejado.

El oficio finaliza y salen en procesión para enterrarme en el cementerio. Me gustaría que me enterraran cerca de la esposa del marinero; me entierran, en cambio, junto al muro de piedra que hay colina abajo. Es absurdo ver cómo depositan el féretro en la tierra, conmigo cerca, sentada en la hierba, y tendría su gracia, de no ser tan desesperadamente triste. Conor lanza un lirio blanco a la tumba y mis hijos echan sus dibujos, luego retroceden junto a la sombra de su padre y se encogen contra sus piernas, con rostro pálido y lloroso. Estoy cansada de intentar captar su atención. Una gaviota vuela hacia mí, pero yo la espanto por el mero placer de ver su reacción.

El tiempo no existe donde yo estoy. De hecho, me doy cuenta ahora de que el tiempo tampoco existe donde tú estás. No hay más que un eterno ahora. Naturalmente, en la Tierra hay un tiempo psicológico, por lo que puedes hacer planes para mañana y recordar el ayer, pero eso únicamente existe como pensamiento; la realidad siempre es el ahora. De modo que los días, las semanas y los años no significan nada para mí. Sólo hay un presente eterno desde el que asisto a la desintegración de cuanto amo.

Es como si, con mi muerte, el castillo de Ballymaldoon se hubiera quedado también sin vida. Es como si hubiésemos muerto a la vez. Contemplo a los hombres en grandes camionetas subiendo por el sendero de acceso, bajo los robles que se amontonan sobre el camino creando un túnel naranja y rojo, sus delgadas hojas cayendo de las ramas y revoloteando al viento como polillas. A cada lado, un muro bajo de piedras grises impedía el paso de las ovejas en su día, pero no ha habido ovejas aquí desde que Conor compró el castillo y las tierras

circundantes hace casi veinte años, por lo que ahora los prados son agrestes. Me gustan así. Observo la alta hierba meciéndose con la brisa, y de lejos parecen olas en un extraño océano verde. Los camiones se detienen frente al castillo, donde hace cuatrocientos años se apostaron los soldados de Cromwell para tomarlo por la fuerza para un oficial, en recompensa por su lealtad. Ahora el ejército de hombres fornidos está aquí para llevarse los cuadros y muebles de valor a un guardamuebles, porque Conor está tapiando ventanas y atrancando puertas para mudarse a una casa más pequeña cercana al río. Siempre ha sido un hombre solitario; los hombres creativos suelen serlo, pero ahora veo que está replegándose aún más en sí mismo. No puede vivir aquí sin mí porque yo era la que le infundía vida a este lugar y ahora estoy muerta.

Me gustó el castillo desde el primer instante que lo vi, enclavado aquí al pie de la montaña cual cuarzo ahumado. Me imaginé sus imponentes muros grises escalados en su día por príncipes que venían a rescatar a princesas encerradas en las pequeñas habitaciones de la torre que se yerguen por encima de los gabletes. Me imaginé a los cisnes deslizándose en su día por el lago y a los amantes tumbados en las orillas bajo el sol vespertino para asistir a su cortejo. Me imaginé a *Billy*, *Goats* y *Gruff*, las tres cabras del cuento de hadas noruego, trotando por el antiguo puente de piedra, desconocedoras del malvado trol que acechaba debajo en las sombras. Me imaginé los espíritus de damiselas y caballeros rondando esos largos pasillos de moquetas escarlata sin intuir en ningún momento que yo sería uno de ellos, aprisionada por el anhelo de mi corazón. En ningún momento pensé que moriría joven.

Observo con impotencia que la mayoría de los muebles que con tanto mimo elegí son cargados y llevados y amontonados en las camionetas, bajo la supervisión del administrador de la propiedad, Johnny Byrne, y su hijo Joe. Es como si estuviesen desmembrándome, pieza a pieza, y colocando mis extremidades en féretros una vez más; sólo que esta vez estoy convencida de poder sentirlo. La consola de estilo Jorge VI de roble desmochado; el espejo parcialmente bañado en oro; el juego de veinte sillas de comedor Jorge IV que

compré en una subasta de Christie's. Los bustos de mármol, lámparas chinas, mi escritorio de arce. Los arcones de ébano, los sillones y sofás victorianos, las jardineras alemanas; el diván regencia; las alfombras indias. Se lo llevan todo, dejando únicamente muebles sin valor. A continuación descuelgan los cuadros y grabados, y quedan a la vista pálidos recuadros en las paredes desnudas, y me horroriza su falta de caballerosidad, como si estos hombres musculosos hubieran despojado a una dama de su ropa.

Me temo que se disponen a retirar la mejor posesión de todas: mi retrato; Conor lo encargó a poco de casarnos. Lo hizo Darragh Kelly, el famoso pintor irlandés. Ocupa un lugar de honor sobre la gran chimenea del vestíbulo. Llevo puesto mi vestido de noche favorito de color esmeralda, a juego con mis ojos, y la cabellera pelirroja me cae en brillantes ondas sobre los hombros. La verdad es que era guapa. Pero la belleza de nada sirve cuando se pudre en un ataúd a dos metros bajo tierra. Poso los ojos en él, mirando fijamente el rostro que en su día me perteneció, pero que ahora se ha ido para siempre. Tengo ganas de llorar por la mujer que fui, pero no puedo. Y es inútil que en este lugar empiece a moverme como una loca como he hecho en la ermita, porque nadie me oirá, salvo los otros espíritus que seguramente merodean como yo en este oscuro limbo. Estoy convencida de ello, aunque aún no los he visto. Eso me alegraría, creo, porque estoy sola y me siento sola.

Sin embargo, no lo descuelgan. Es el único cuadro que queda en el castillo. No puedo evitar sentir una oleada de orgullo cuando por fin atrancan las puertas y me dejan contemplar en paz la belleza terrenal que fui en su día. Me reconforta, ese cuadro, como si fuese un disfraz que puedo ponerme para sentirme a mí misma una vez más.

Conor y los niños se adaptan a su vida en la mansión Reedmace, construida abajo junto al río, cerca del puente de piedra donde moran las cabras y el trol de mi imaginación, y la madre de Conor, Daphne, se muda también para cuidar de ellos. Debería alegrarme que los niños tengan una abuela bondadosa y dulce, pero no puedo evitar estar celosa y resentida. Ella los abraza y besa en mi lugar. Los baña y les cepilla los dientes como solía hacer yo. Les lee cuentos

para dormir. Yo acostumbraba a hacer voces y dar vida a las historias. Pero ella se limita a leer, no tiene mi talento, y veo que los niños se aburren y sé que querrían que ella fuese yo. Sé que querrían que fuese yo, porque lloran en silencio en la cama y se quedan mirando la fotografía mía que Conor ha colgado en la pared de su dormitorio. No saben que estoy todo el rato a su lado. No saben que estaré siempre con ellos mientras vivan.

Y va pasando el tiempo. Ignoro cuánto. Las estaciones vienen y se van. Los niños crecen. Conor pasa tiempo en Dublín, pero ya no es productor de cine, porque ya no tiene la voluntad ni el hambre de serlo. El castillo vacío se vuelve frío como las rocas de las colinas, y los vientos y la lluvia lo azotan. Yo soy perenne como las plantas y los árboles, sin nadie con quien hablar, excepto los pájaros. Y entonces una noche, en pleno invierno, Finbar me ve.

Está durmiendo, sueña a trompicones. Estoy sentada a los pies de su cama como cada noche, observando cómo la respiración sube y baja su cuerpo con un movimiento suave, rítmico. Pero esta noche está inquieto. Sé que está soñando conmigo.

—Tranquilo, mi amor —digo, como tantas veces, en voz baja, desde mi otro mundo—. Estoy aquí. Siempre estoy aquí. A tu lado.

El pequeño se incorpora y me mira con asombro. Me mira a mí. No me traspasa con la mirada, sino que me mira a mí. Estoy convencida de ello porque sus ojos reparan en mi pelo, mi nariz, mis labios, mi cuerpo. Muy abiertos de asombro, se empapan de mí y yo estoy tan asombrada como él.

—¿Mamá? —susurra.

—Mi amor —contesto.

—¿Eres tú?

—Soy yo.

—No estás muerta.

Sonrío con la sonrisa de alguien que guarda un hermoso secreto.

—No, Finbar. No estoy muerta. La muerte no existe. Te lo prometo. —Y me da brincos el corazón al ver su cara encendida de felicidad.

—¿Nunca te irás?

—Nunca me iré, Finbar. Sabes que no. Siempre estaré aquí. Siempre.

La emoción empieza a despertarlo y lentamente me va perdiendo.

—¿Mamá...? ¿Mamá..., sigues aquí?

—Sigo aquí —le digo, pero él ya no me ve.

Se frota los ojos.

—¡Mamá! —Su grito despierta a Daphne, que corre a su lado en camisón. Finbar sigue mirándome fijamente, buscándome en la oscuridad.

—¡Finbar! —exclamo—. Finbar, ¡sigo aquí! —Pero es inútil. Me ha perdido.

—No es más que un sueño, Finbar —lo tranquiliza Daphne, acostándolo con dulzura.

—No era un sueño, abuela. Era real. Mamá estaba a los pies de mi cama.

—Ahora a dormir otra vez, cariño.

Finbar sube el tono de voz y sus ojos brillantes parpadean desconcertados.

—Estaba aquí. Sé que estaba aquí.

Daphne suspira y le acaricia la frente.

—Tal vez sí; al fin y al cabo, ahora es un ángel, ¿verdad? Supongo que siempre está cerca, cuidando de ti.

Pero sé que no se lo cree. Sin embargo, sus palabras convencen a Finbar.

—Sí, creo que sí —dice él entre dientes, luego cierra los ojos y se queda dormido.

Daphne lo observa un rato. Puedo percibir su tristeza, es densa como la humedad. A continuación se vuelve y sale de la habitación, y de nuevo estoy sola. Sólo que esta vez, la esperanza ha prendido en mi corazón. Si Finbar ha logrado verme una vez, puede que vuelva a hacerlo.

1

Ellen Trawton llegó al aeropuerto de Shannon con una única maleta, chaqueta de pelo sintético, tejanos pitillo y botas de cuero fino que no tardarían en resultar sumamente inadecuadas para el campo agreste y escarpado de Connemara. Nunca había estado en Irlanda ni recordaba a la hermana de su madre, Peg, en cuya casa había quedado en hospedarse, con la excusa de que buscaba paz y tranquilidad para escribir una novela. Como chica londinense, a Ellen más bien le horrorizaba el campo, por considerarlo pantanoso y notoriamente tranquilo, pero la casa de su tía era el único sitio donde sabía que su madre no vendría a buscarla. Y el único sitio en el que podía alojarse sin que le costara un dínere. Tras dejar su puesto como responsable de *marketing* de una pequeña joyería de Chelsea, no estaba en posición de tirar la casa por la ventana. Esperaba que tía Peg fuese rica y viviese en una casa grande en una zona civilizada del campo, cerca de una próspera localidad con tiendas y cafeterías. No pensaba que fuese a aguantar si vivía en medio de la nada únicamente con ovejas con las que hablar.

Accedió al vestíbulo de llegadas y escudriñó los rostros ansiosos de la multitud en busca de su tía. Su madre aún era alta y guapa a sus cincuenta y ocho, con el pelo largo teñido de caoba y los pómulos altos, así que Ellen dio por hecho que tía Peg sería parecida. Al instante sus ojos se posaron en una elegante señora de abrigo largo de pelo de camello, con un vistoso bolso de marca en unas manos de perfecta manicura, y su corazón se llenó de alivio, porque una mujer que viviera en plena ciénaga no llevaría unos zapatos de salón tan elegantes ni unos pantalones de *tweed* tan impecables. Arrastró la maleta por el suelo.

—¡Tía Peg! —exclamó sonriendo de oreja a oreja.

La mujer se volvió y la miró atónita.

—¿Disculpe?

—¿Tía Peg? —Pero incluso al decirlo, Ellen supo que se había equivocado—. Lo siento —farfulló—. Pensaba que era otra persona. —Se sintió momentáneamente perdida en el aeropuerto desconocido y su determinación flaqueó. A pesar de lo mucho que se había complicado la vida para escapar, casi deseó estar de nuevo en casa, en Eaton Court.

—¡Ellen! —exclamó una voz a sus espaldas.

Se giró y vio una cara expresiva y radiante que le sonreía con emoción.

—Pero ¡mírate! ¡Si eres la estampa del *glamour*!

A Ellen le sorprendió que su tía hablase con un acento irlandés tan marcado cuando su madre hablaba como la reina.

—He sabido que eras tú nada más verte aparecer por la puerta. ¡Cómo te pareces a tu madre!

Tía Peg se parecía a un huevo sonriente, con el pelo pincho gris y enormes ojos azules que brillaban con irreverencia. A Ellen le alivió verla y se inclinó para besarla en la mejilla. Peg la abrazó con firmeza y presionó la cara contra la de su sobrina. La mujer olía a lirios del valle y a perro mojado.

—Espero que hayas tenido un buen vuelo, cielo —continuó entrecortadamente, soltándola—. Puntual, que ya es mucho hoy día. Ven, vamos al coche. Ballymaldoon está a dos horas en coche, así que si tienes que ir al váter, mejor que vayas ahora. Aunque, naturalmente, podemos parar en una gasolinera por el camino. ¿Tienes hambre? Seguramente no te habrán dado gran cosa para comer en el avión. Yo siempre me llevo sándwiches de casa. Me horroriza el queso que les ponen. Sabe a goma, ¿no crees?

Ellen dejó que su tía arrastrase su maleta por el vestíbulo. Reparó al instante en sus resistentes botas de cordones y los gruesos pantalones marrones que había remetido en unos calcetines de caza. Decididamente, tía Peg vivía en una ciénaga, pensó Ellen abatida. A juzgar por sus manos rudas y curtidas, no cabía duda de que cortaba su propia leña y también cuidaba ella misma de sus plantas.

—No te pareces en nada a mamá —le soltó sin poder contenerse.

—Bueno, para empezar soy mucho más mayor y siempre hemos sido muy distintas —repuso su tía, sin asomo de desagrado.

Ambas hermanas llevaban treinta y tres años sin hablarse, pero tía Peg no parecía la clase de persona rencorosa. La madre de Ellen, por el contrario, era la clase de mujer para la que el rencor era una dolencia cotidiana.

Lady Anthony Trawton era una mujer a la que no había que contrariar. Ellen conocía perfectamente la línea que formaban sus labios, la nariz que se hinchaba y el breve resoplido de desaprobación que venían siempre a continuación. No hacía falta gran cosa para incitar su desaprobación, pero ser el «tipo inadecuado» de persona era el *peor* de los crímenes. Ellen había sido una adolescente rebelde, a diferencia de sus hermanas de cabellos dorados, que eran un dechado de virtudes en el mejor de los casos y unas anodinas en el peor. No habían necesitado ser moldeadas, porque por alguna razón habían salido exactamente como su madre había deseado: obedientes, monas y elegantes, con el mentón poco pronunciado de su padre, pelo rubio y ojos ligeramente saltones. Ellen, por el contrario, poseía una naturaleza salvaje y creativa, exacerbada por la oposición irrazonable de su madre a su independencia, como si emprender su propio camino fuese a convertirla de algún modo en el «tipo inadecuado» de persona. Con su pelo azabache y temperamento rebelde, era el bicho raro en lo que podría haber sido una familia ideal. Pero Ellen era difícil de moldear; su madre lo había intentado, forzándola por activa y por pasiva a encajar en el corsé destinado a cualquier joven aristócrata que se preciara de serlo, y durante un tiempo Ellen había transigido dejándose encorsetar. Había sido más fácil rendirse y dejar de luchar; un alivio, casi. Pero una mujer sólo puede ir cierto tiempo contra su naturaleza antes de que la infelicidad la oprima y le obligue a recuperar su forma natural. Ellen no sabía concretar el momento exacto en que había decidido que ya tenía bastante, pero su vuelo a Irlanda era consecuencia de una lucha eterna por la libertad.

Tía Peg no había asistido a la boda de ninguna de las hermanas de Ellen, a pesar de que Leonora se había casado con un conde y

Lavinia con un barón —cualquier cosa por debajo de eso habría sido causa de un significativo resoplido por parte de su madre—, y su nombre jamás era mencionado. Ellen había captado los suficientes retazos de conversaciones a lo largo de los años para saber que había cierto distanciamiento. Las postales y cartas navideñas que llegaban todos los años de Ballymaldoon eran recibidas con un resoplido de desdén y rápidamente guardadas en el último cajón del estudio de su madre. Incapaz de contener su curiosidad, Ellen las había hojeado en un par de ocasiones y había descubierto que su madre tenía un pasado secreto, pero había aprendido a no hacer preguntas al respecto. Las postales siempre habían despertado su interés y, en ocasiones, cuando sorprendía a su madre con la mirada triste y perdida, se preguntaba si su nostalgia tendría algo que ver con ellas. Tal vez, al igual que el olor de las hojas que se queman en otoño, las letras desprendían una fragancia que traspasaba el cajón y la devolvían a su pasado. Ahora, cuando Ellen había necesitado un lugar al que huir, las cartas le habían proporcionado toda la información necesaria para dar con su tía, gracias a las etiquetitas adhesivas enganchadas en la parte superior de la página, que incluían la dirección y su número de teléfono. Nerviosa y un tanto asustada, sabía que estaba a punto de descubrir lo que su madre había ocultado todos estos años. No le preocupaban mucho las terribles consecuencias en caso de ser descubierta. Contempló las manos ásperas de Peg y pensó en los tersos dedos blancos de su madre y las uñas perfectamente esmaltadas. Su madre se había casado bien, Peg no. Era evidente que sus vidas eran muy distintas, pero ¿por qué?

—¡Me pegaste un susto de muerte cuando me llamaste! —dijo Peg—. Aunque fue una bonita sorpresa; en serio. De todas las personas que podían haberme llamado, ¡tuviste que ser tú! ¡Quién me lo iba a decir!

—Espero que no te molestase. Es que necesitaba salir de Londres. Allí hay demasiado movimiento y ruido para pensar.

—No es el entorno adecuado para una novelista en ciernes, estamos de acuerdo. Me muero de ganas de que me cuentes qué estás escribiendo. ¡Qué chica tan lista!

A Ellen siempre le habían gustado las palabras. Cada vez que miraba por la ventana sentía la imperiosa necesidad de describir lo que veía. Tenía diarios llenos de poemas y relatos, pero había decidido cambiar el rumbo de su vida hacía muy poco, al comprender que la felicidad únicamente llega cuando uno hace lo que realmente ama, y que si no intentaba escribir una novela ahora, jamás lo haría. Su madre se burló de sus aspiraciones de convertirse en una «escritorzuela», pero el deseo de Ellen de expresarse era más fuerte que el deseo de su madre de sofocar su creatividad. Connemara sería el lugar perfecto para ser fiel a sí misma.

—No he venido sólo a escribir, tía Peg. Me gustaría *tratarte* un poco; al fin y al cabo, *somos* familia —añadió Ellen amablemente.

La velocidad a la que su tía hablaba le hizo pensar que no solía tener compañía.

—Es todo un detalle por tu parte, Ellen. Supongo que no le has dicho a tu madre que estás aquí.

—No.

—Me lo imaginaba. ¿Y dónde cree que estás, pues?

Ellen visualizó la nota que había dejado encima de la mesa de la entrada, debajo del espejo ovalado frente al que su madre se retocaba pelo y maquillaje cada mañana antes de salir hacia sus comidas de señoras y galas benéficas. A estas horas ya la habría encontrado. Seguro que le había provocado un resoplido monumental. Se preguntaba qué le habría contrariado más: el hecho de que Ellen hubiese desaparecido sin decírselo o el hecho de haber manifestado que al final posiblemente no se casaría con William Sackville. Puede que su madre hubiese tenido que sentarse tras leer *esa* frase de la nota. Aunque William no era ni barón como el marido de Lavinia, ni conde como el de Leonora, su familia estaba muy bien relacionada y era propietaria de un gran coto de caza en Escocia. Su madre estaba empeñada en que estaban muy lejana, pero visiblemente, emparentados con la difunta Reina Madre.

—Le he dicho que me iba al campo a casa de una amiga —mintió.

—¡Ay! ¡Eres tremenda! —replicó Peg—. Ahora a ver si recuerdas dónde he aparcado el coche.

Tras recorrer las hileras de flamantes coches, Peg se dirigió alegremente hacia el vehículo más sucio. Era un viejo volvo, diseñado en forma de caja robusta.

—Perdona por el desorden, pero normalmente sólo nos subimos *Mister Badger* y yo.

—¿*Mister Badger*?

—Mi perro pastor. Lo he dejado en casa. Luego disfrutarás de su compañía.

—Estupendo —contestó Ellen, procurando aparentar entusiasmo. Su madre tenía un papillón diminuto llamado *Gofre*, más parecido a un juguete que a un animal, si bien sus ladridos neuróticos eran demasiados reales y muy enervantes. Leonora y Lavinia estaban empeñadas en comprar perros pequeños en Harrods, que pudieran pasar en sus bolsos, no porque les gustasen los perros, pensaba Ellen, sino porque eran accesorios de moda como las agendas Smythson y los llaveros de cuero de Asprey. De haber podido comprar sus bebés en Harrods, se figuraba que probablemente lo habrían hecho.

Peg subió al coche y apartó los periódicos del asiento del pasajero. Ellen reparó en los pelos de perro pegados al cuero.

—¿Dónde vives? —le preguntó, toda esperanza de una ciudad civilizada con elegantes tiendas y restaurantes desvaneciéndose al ver barro en la alfombrilla.

—Justo en las afueras de Ballymaldoon, un pueblo precioso junto al mar. Tendrás mucha tranquilidad para escribir tu libro.

—¿Está perdido en *medio* del campo?

—¡Oh, sí, completamente perdido! Tengo un montón de animales. Espero que te gusten los animales, Ellen. Quizá te hayas fijado en mi atuendo campestre. Refresca mucho en la costa oeste, y hay humedad. ¿Te has traído más botas, cielo?

—No, sólo éstas.

—Son muy elegantes, pero se te echarán a perder en un día. Por suerte, tengo unas de sobra que puedo dejarte.

Ellen echó un vistazo a las cómodas botas de Peg y se mostró reacia.

—Gracias, pero no hará falta. Probablemente no saldré mucho.

Peg la miró con el ceño fruncido y luego se rió con ganas.

—Es que es lo más gracioso que he oído en toda la semana.

Ellen se preguntó si su madre se había peleado con algún familiar más que viviera quizás en Dublín.

—Bueno, ¿qué tal *está* Maddie? —le preguntó Peg una vez ya en la carretera.

Su voz no se alteró, pero Ellen se fijó en que estaba agarrando el volante con fuerza y mantenía la mirada al frente.

—¿Maddie?

—Tu querida madre.

Ellen nunca había oído que la llamaran por ese nombre.

—Verás, es que sus amigos la llaman Madeline y el resto lady Trawton...

—No lo dudo. Siempre tuvo bastantes aires de grandeza. Me imagino que sigue hablando como una duquesa.

Ellen estaba demasiado impaciente para ocultar su curiosidad.

—¿Por qué os peleasteis?

Peg apretó los labios.

—Pregúntale a tu madre mejor —contestó con firmeza.

Ellen comprendió que tenía que andarse con pies de plomo.

—Perdona, tiene que ser doloroso hablar de ello.

—Es historia. —Se encogió de hombros—. Es agua pasada.

Ellen pensó en las cartas y postales guardadas sin consideración por su madre y se compadeció de su tía. Tenía un aire solitario.

—Te dará pena no ver a tu familia.

Peg dio un respingo.

—¿Pena a *mí* no ver a *mi* familia? ¡Señor, niña! ¿Qué te ha contado esa mujer? Debería darle pena a *ella* no ver a *su* familia, aunque no creo que le dé ninguna. Llevamos más de treinta años sin saber nada de ella.

Ellen estaba atónita. Había tomado a Peg por una solterona.

—¿Qué? Yo pensaba... —Vaciló, no quería ofender—. ¿Tienes hijos, tía Peg?

La mujer titubeó unos instantes y su perfil se ensombreció, como un paisaje cuando el cielo se encapota.

—Tengo tres chicos, todos ya en la treintena, trabajando. Son buenos chicos y estoy muy orgullosa de ellos —respondió en voz baja—. Maddie y yo tenemos cuatro hermanos. Supongo que eso no lo sabías, ¿verdad?

Ellen estaba estupefacta.

—¿En serio? ¿Cuatro? ¿Dónde están?

—Aquí en Connemara. Somos una familia grande; unida. Tienes un montón de primos.

—¿Ah, sí? No tenía la menor idea. A mi madre sólo la he oído nombrarte a ti, ¡y eso cuando se suponía que yo no estaba escuchando! Eras tú la que enviabas postales navideñas cada año.

—¡Que me figuro que irían a parar a la basura! —añadió Peg con amargura.

—Al último cajón de una cómoda.

—Verás, en su día Maddie y yo estuvimos muy unidas. Éramos dos chicas en una familia dominada por los chicos, así que nos unimos. Pero fue su decisión irse de Irlanda y romper con sus familiares, no a la inversa, y al hacerlo le partió el corazón a nuestra madre. No creo que esté mal que lo sepas. Los chicos jamás la perdonaron.

—No conocí a mi abuela.

—Ni nunca la conocerás, por desgracia.

—Está muerta, ¿verdad?

—Sí, murió hace diez años.

—Supongo que mi madre no hizo las paces con ella antes de que muriera. —Peg meneó la cabeza y formó una delgada línea con los labios—. ¿Y mi abuelo? —inquirió Ellen—. ¿Tengo abuelo?

—Murió en un accidente de coche cuando éramos pequeños. Mamá se hizo cargo de la granja y nos crió sola. Maddie detestaba ensuciarse las manos, pero a mí siempre me han encantado los animales. Cuando mamá murió, Desmond, nuestro hermano mayor, se hizo cargo de la granja. Yo me hice una pequeña granja para mí. Es lo único que sé hacer. ¿Te importa si fumo? —De repente parecía

exhausta, como si la emoción de encontrarse con su sobrina la hubiese dejado sin energías.

—¿Fumas? —le preguntó Ellen, sintiéndose más optimista de pronto.

—Me temo que sí. He intentado dejarlo, pero creo que soy demasiado mayor para adquirir nuevas costumbres.

—En casa fumar es tabú. Tengo que esconderme y asomarme a la ventana de la habitación para dar una calada.

—Hoy día es tabú en todas partes. Con tanto control el mundo se ha vuelto un lugar más aburrido. Las mejores fiestas son los botellones.

—¡Vaya! Estoy completamente de acuerdo contigo. Siempre me quedo congelada, dando caladas, pero en la mejor compañía. Aunque reconozco que no intentar dejarlo sería de idiotas. Lo que pasa es que necesito un buen motivo para hacerlo.

—Echa un vistazo en mi bolso. Verás un paquete de Rothmans. Coge uno, y luego sé una buena niña y enciéndeme otro, anda.

—No me digas que sigues viviendo en casa, ¡a tu edad!

—Tengo treinta y tres.

—Demasiado mayor para vivir con tus padres.

—Bueno, no siempre he vivido con ellos. Fui a la Universidad de Edimburgo. Luego, cuando volví a Londres, viví con Lavinia hasta que se casó. Mi madre me convenció de que volviera a casa cuando tuve problemas económicos. Me pareció absurdo rechazar la oferta de alojamiento gratuito, sobre todo cuando la casa es tan grande y ellos tienen más espacio del que necesitan. Mi madre lleva años intentando casarme.

Pensó en William y se estremeció. Le había mandado un mensaje de texto, pero no se había atrevido a encender el iPhone para ver si había contestado.

—Es bastante anticuado dar tanta importancia al matrimonio —continuó Ellen.

—Bueno, el príncipe William ya no está en escena, con lo que

Maddie estará muy decepcionada. Aunque siempre queda el príncipe Harry, claro.

Ellen se rió.

—¡No vas desencaminada, tía Peg! —Mientras rebuscaba en el bolso con estampado de alfombra de Peg, le habló de los magníficos matrimonios de sus hermanas—. Para mi madre no eres una «persona formal» hasta que te has casado bien. Lavinia y Leonora son las dos sumamente «formales» ahora.

—¡Cielos! Maddie no habrá cabido en sí de gozo ante semejante resultado.

—Aunque no creo que esté demasiado contenta conmigo. Soy la mayor, por lo que, técnicamente, debería haberme casado primero. El problema es que no estoy segura de querer casarme con la clase de hombre que mi madre quiere para mí.

—Sigue el dictado de tu corazón, cielo, y siempre serás feliz. Las grandes fincas y los títulos no son nada al lado del amor verdadero. De hecho, creo que no traen más que problemas. Mucho trabajo duro y responsabilidad. La vida es mejor cuando es más sencilla.

Ellen encendió un cigarrillo y se lo pasó a Peg, a continuación encendió otro para ella. Entreabrió la ventanilla y el humo salió serpenteando hacia el denso aire de febrero.

—Dime, ¿tienes marido? —le preguntó inhalando con fuerza y notando que la tensión de sus hombros desaparecía.

—Hubo un marido hace mucho tiempo, pero emprendimos caminos separados.

—Lo siento.

—No lo sientas, no. Mi hijo pequeño y mis hermanos cuidan de mí.

—Nunca se sabe si un matrimonio durará o no. Mamá y papá parecen bastante felices, pero no hay nada escrito.

—Bueno, nunca sabes lo que te deparará la vida ni cómo reaccionarás a ello. Unas cosas te unen más y otras te separan.

—¿Te ves con tu ex?

—No, emigró a Estados Unidos. Los chicos van a verlo, naturalmente. Volvió a casarse, con una mujer mucho más joven, y tuvo una

peque... —Hizo una pausa y dio una gran calada—. Una pequeñaja —dijo en voz baja, y su voz se quebró como si esa palabra le hubiese dolido—. Bueno, ya no será pequeña. Aun así no tiene ningún motivo para volver.

Ellen notó que el ambiente del coche cambiaba. Se volvió repentinamente denso de pesar, como si la humedad de fuera hubiese entrado por la ventanilla abierta. Se apiadó de su tía, pues saltaba a la vista que le había dolido mucho que su marido se volviera a casar y formara otra familia.

—Háblame de tus hijos —le pidió alegremente, cambiando de tema.

Peg sonrió y el ambiente se animó.

—Pues son buenos chicos —empezó—. Se llaman Dermot, Declan y Ronan. Dermot y Declan están casados y tienen hijos, y vienen a verme de vez en cuando, pero Ronan, bueno, sigue en Ballymaldoon y no parece probable que vaya a sentar la cabeza próximamente.

En tanto se adentraban en el corazón de Connemara, Ellen dejó que su tía hablara sin parar de sus hijos. Contempló el paisaje y la belleza del mismo la cogió desprevenida. Se vio atraída por el agreste y extenso paisaje de montañas rocosas y valles húmedos, donde los ríos se deslizaban por el brezo y las casas de piedra en ruinas se erguían como esqueletos en las laderas, expuestas al viento y las brumas procedentes del mar. Había algo melancólico en la pura inmensidad de las tierras salvajes, como si los seres humanos hubieran sido derrotados por su indómita naturaleza y hubieran tirado la toalla, desesperados, abandonando sus hogares para tratar de buscar una vida más tranquila en los pueblos y ciudades. No había torres de alta tensión, había unos cuantos repetidores de telefonía, poca cosa aparte de la carretera larga y recta que se abría paso entre las ciénagas y las altas hierbas, y las colinas escarpadas que se alzaban hasta el cielo, sus cumbres desapareciendo en las nubes. Ellen nunca había visto nada parecido y observó con fascinación y miedo cómo el mundo urbano civilizado con el que estaba familiarizada era reemplazado por esta tierra insolentemente silenciosa.

Por fin bajaron al valle hasta el pueblo de Ballymaldoon y Ellen avistó el océano centelleando a lo lejos, tan vasto e indómito como el paisaje de Connemara. Tía Peg habría bordeado el pueblo de no ser por su sobrina, a quien pensó que le gustaría una breve visita.

—No es que haya mucho que ver —comentó mientras recorrían en coche una calle tranquila de casas de colores pastel perfectamente dispuestas en fila detrás de unos muros de piedra y matorrales. Presidía el pueblo una gran iglesia gótica situada majestuosamente en una pendiente, tapada por altos sicómoros y roca—. No voy a misa —comentó Peg—. El padre Michael me considera una impía. Claro que se equivoca; siento a Dios conmigo permanentemente, pero ese cura me pone los nervios de punta, siempre lo ha hecho. Así tal cual. De modo que no tienes que ir si no quieres. A mí me da igual.

—Mi madre va a misa todas las mañanas en Londres. ¿Te lo puedes creer? —dijo Ellen.

—Tú dirás. Pero no creo que Dios tenga mucho que ver en ello. —Ambas se echaron a reír.

—¡Vaya! Un *pub*. ¡La cosa empieza a mejorar! —exclamó Ellen mientras Peg reducía la velocidad frente al Pot of Gold—. ¿Está bien?

—Lleno de vecinos y familia. Yo, personalmente, prefiero la vida tranquila. Pero los chicos te llevarán, si quieres.

—¿Tus hijos?

—No, me refiero a mi hermano, Johnny, y su hijo mayor, Joe. Johnny administra el castillo y Joe trabaja con él. Creo que Johnny y Joe están casi todas las noches en el bar. Ve con ellos. Joe te presentará a todos los que tienes que conocer. Como te he dicho, tienes cantidad de primos. No todos viven en Ballymaldoon, naturalmente, pero muchos sí. El Pot of Gold te hará gracia. Creo que encontrarás unos cuantos personajes para tu novela ahí dentro. —Se rió por lo bajo, como si ya tuviese unos cuantos en mente.

Peg condujo hasta el puerto, donde los barcos pesqueros estaban amarrados al muelle o atados a las boyas, un poco más lejos. Había un montón de trampas para langostas apiladas en las piedras y un par de pescadores de aspecto rudo, con jersey grueso y gorra, que fuma-

ban y charlaban sentados mientras remendaban sus redes. Un chuchito escuálido estaba tumbado en los adoquines, temblando de frío. Ellen pensó que los hombres no tardarían mucho en irse al Pot of Gold para tomarse una Guinness y para que el perro buscara un sitio caliente junto al fuego. Ballymaldoon era un pueblecito precioso, pero saltaba a la vista que no tenía tiendas decentes que la tentaran. Daba igual, pensó, porque no tenía mucho ahorrado ni podía pedirles dinero a sus padres después de la nota que les había dejado. Desde luego en ese sentido había quemado las naves. Se preguntó cuánto tardaría en asfixiarse aquí en la Nada y volver a Londres, muriéndose por un poco de vidilla cual pez fuera del agua, arrepentida y sumisa. Por muy bonito que fuera aquello, no parecía que hubiera mucho movimiento.

Tía Peg siguió recorriendo el pueblo hasta la otra punta. Aproximadamente a kilómetro y medio en sentido paralelo a la costa giró por una pista de tierra y subió por la colina entre muros de piedra gris y exuberantes pastos verdes salpicados de ovejas, hasta que llegaron a un par de modestas granjas blancas de la cima.

—No es nada del otro mundo, pero es mi hogar —dijo alegremente, deteniéndose frente a la casita de la izquierda. Ellen se llevó un chasco. Había prácticamente dado por hecho que su tía tendría una casa más grande. Sin embargo, era curiosa y pintoresca con un empinado tejado de paja en el que se habían recortado pequeños tragaluces que se habían pintado de rojo a juego con la puerta. No había árboles que la protegieran de los elementos, tan sólo el bajo muro de piedra, y supuso que lo habían construido sólido y resistente a fin de soportar los atroces vientos invernales.

Puede que la casa hubiese sido un chasco, pero cuando salió del coche y se volvió, la vista la dejó sin aliento. Allí, parpadeando entre la bruma vespertina, estaba el océano, y justo en medio, surgido del crepúsculo como un fantasma, estaban los restos carbonizados de un faro en ruinas. Lo observó un momento. El sol se había hundido tras el horizonte y las luces centelleantes de Ballymaldoon podían verse lejos a la derecha, mezclándose con las primeras estrellas que asomaban por las nubes. Lentamente, el faro se fue desdibujando conforme

la noche y la niebla se cernieron sobre él, y entonces desapareció, como si jamás hubiese estado allí.

El correteo de unas patitas hizo apartar la vista a Ellen. Se giró y vio a *Mister Badger*, un border collie blanco y negro, seguido de un cerdo rojo anaranjado que gruñía.

—Espero que te gusten los animales —dijo Peg mientras volvía al coche a por la maleta de su sobrina.

—¡Claro que sí! —repuso Ellen, sin saber si darle unas palmaditas al cerdo o salir corriendo.

—No sufras por *Bertie*, es un buen chico y está domesticado. ¿Lo ves? Le caes bien —añadió al tiempo que *Bertie* metía el hocico entre las piernas de su sobrina y gruñía. Ellen dio un respingo, asustadísima—. Acaríciala las orejas, cielo, eso le encanta. —Pero su invitada ignoró el consejo y corrió a casa.

Dentro se estaba a gusto y calentito, y olía a perro mojado. El recibidor estaba alicatado con piedras grises cuadradas, las paredes, pintadas de blanco crema, decoradas con acuarelas marinas pintadas por aficionados. En la cocina había un polvoriento puf marrón, un saco de vinilo relleno de bolitas de poliestireno que servía de cama para *Mister Badger*. Delante de una estufa amarilla, embutida bajo la campana de la chimenea junto a un ordenado montón de leña, había una esterilla de paja. Ellen supuso que ésa era la cama de *Bertie*; si los cerdos tenían cama. Las repisas estaban abarrotadas de tazas altas y utensilios, tarros para bolsitas de té, café y bolígrafos. Había una tetera de aspecto anticuado sobre los fogones, esperando a que la hicieran hervir. Peg miró hacia el reloj de la pared y sonrió.

—Supongo que es demasiado pronto para una copita. ¿Te apetece un té, cielo? Estarás hambrienta. Tengo jamón y pan de soda recién hecho. —Abrió la nevera—. He preparado un guiso para la cena, pero ¿qué tal si picamos algo? No hay nada como un viaje largo para abrir el apetito. ¿O preferirías ver antes tu cuarto y asearte?

—Sí, eso sería genial, gracias —contestó Ellen mientras *Bertie* entraba en la cocina y ocupaba su sitio en la esterilla.

—Andando, pues. —Peg le subió la maleta por la escalera, pese

a la insistencia de Ellen de llevarla ella—. Soy tan fuerte como un buey. Esto no es nada comparado con las ovejas que he cogido en brazos.

Abrió la puerta que daba a una habitación de decoración floral con techo bajo de viejas vigas de madera, una gran cama de pino, armario y cómoda. Cruzó la moqueta a zancadas y abrió la ventana para dejar salir una mosca enloquecida que zumbaba contra el cristal.

—Tienes vistas al mar.

A Ellen le dio brincos el corazón.

—Con el faro —dijo.

—Sí —repuso Peg, con voz cautelosa.

—Está en ruinas. Me encantan las ruinas. —Se reunió con su tía en la ventana.

—Ésas son muy trágicas. Una madre joven murió allí hace cinco años en un incendio. Aunque vete tú a saber qué hacía allí a esas horas de la noche.

Ellen clavó los ojos en la oscuridad, pero no vio nada.

—¡Qué pena!

—Joe te lo contará todo al respecto. No para de hablar de eso. El marido de la chica, Conor Macausland, después de que ella muriera dejó el castillo y se mudó a una casa más pequeña de la finca, pero Johnny y Joe aún trabajan allí, manteniendo los jardines para que estén bonitos. Ella era una apasionada de la jardinería. —Bajó la voz—. Según las malas lenguas, la asesinaron.

Ellen estaba horrorizada.

—¿Quién?

—Su marido. —Peg cerró la ventana y echó las cortinas—. Durante una temporada fue el principal sospechoso. La policía se volcó en el caso, pero no encontraron absolutamente ninguna prueba que demostrara que lo hizo él. Hay quienes creen que no encontraron pruebas que indicaran que *no lo hizo*.

—¡Qué horror! ¿Tú qué crees?

Peg suspiró.

—Creo que fue un trágico accidente, pero algunos no se conforman con eso. Les gusta que haya un poco de misterio y crimen.

—Sonrió con ironía—. Verás, aquí la vida puede ser un tanto aburrida y a la gente le gusta adornar las cosas para pasar el rato. A mí, personalmente, me gusta la vida tranquila. —Anduvo hacia la puerta—. Tu cuarto de baño está siguiendo por el pasillo, la segunda puerta de la derecha. Si no te importa, no abras la primera puerta, porque *Reilly* está durmiendo ahí.

—¿*Reilly*?

—Una ardilla que rescaté justo antes de Navidad. No podrían haberme hecho un regalo más bonito. —Sonrió con orgullo, como si hablase de un niño pequeño—. Lleva desde entonces hibernando en el armario del lavadero. Al lado de la caldera hace calor, así que pensé que estaría calentita. Se despertará dentro de uno o dos meses y luego intentaré domesticarla. Si necesitas sábanas limpias o lo que sea, pregúntame primero porque sé en qué estante están.

Ellen le sonrió como si tal cosa, como si una ardilla en el armario del lavadero fuese algo de lo más natural.

—Claro —dijo—. ¿Algún otro animal que deba tener en cuenta?

—Dentro de casa no. Tan sólo los ratones y murciélagos del desván, pero no te molestarán. *Bertie* no subirá aquí arriba, pero si entras en la cocina de madrugada puede que se te eche encima creyendo que eres una intrusa. Cuando era un lechón, se abalanzó sobre Oswald y consiguió fracturarle una pierna, así que ¡imagínate lo que podría romper ahora!

—¿Quién es Oswald?

—Mi gran amigo. Te encantará. Me alquila la casita de al lado y viene casi todas las noches a jugar a cartas.

—¿Ayuda en la granja?

Peg resopló un poco como *Bertie* y se echó a reír.

—No. ¡Si conocieras a Oswald verías lo gracioso que eso suena! Es un caballero inglés jubilado que, por increíble que parezca, pinta vestido con traje de tres piezas. Esas acuarelas de abajo son suyas. Le dan lo suficiente para pagar el alquiler, pero no mucho más. Creo que lo hace por placer. Es un gran amigo. Te gustará. —Sus ojos chispearon al decir eso y Ellen se preguntó si no estaría un poco enamorada de ese caballero inglés.

—Estoy deseando conocerlo —comentó Ellen.

—Abajo hay una agradable salita en la que puedes escribir. Encenderé la chimenea y podrás instalarte allí cuando yo no esté. Ahora asíate y baja cuando estés lista. Iré preparando el té.

Ellen extrajo el teléfono del bolso y lo encendió. Instantes después le entraron dos mensajes de voz y dos de texto. Los dos primeros eran de su madre; los eliminó sin escucharlos. Un mensaje de texto era de William: *Cariño, ¿qué está pasando? No lo entiendo. Por favor, llámame para que podamos hablar.* Su frialdad no le sorprendió en absoluto. Era el tipo de inglés de clase alta que casi nunca se alteraba por nada. Había recibido una educación que le proporcionaba un acusado sentido de sus derechos personales y la confianza en que todo acabaría saliendo bien; al fin y al cabo, siempre había salido bien, por lo que no había ningún motivo para creer que la repentina fuga de Ellen sería distinta. Estaría poniendo cara de paciencia y suspirando «¡mujeres!», del mismo modo que su padre se encogía de hombros ante las flaquezas de su madre. El otro mensaje de texto era de Emily, su mejor amiga: *¡Dios mío! ¡Al final lo has hecho! Tu madre ha llamado dos veces, pero me da demasiado miedo contestar. ¿Qué le digo? Llama, por favor.* Ellen apagó el teléfono y caminó hasta la ventana. La abrió de par en par e inspiró el húmedo aire nocturno. Un escalofrío le erizó la piel. No sabía si se lo había producido el frío o la emoción de haber huido. Era igual. Por fin se sentía libre del deber. Había estado complaciendo a sus padres durante los primeros treinta y tres años de su vida; ahora, al fin, podía ser autocomplaciente.